

El Baluarte

Subscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7-50 ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado. Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 11

Sevilla—Martes 14 de Enero de 1902

AÑO XXVI

Propaganda republicana

En medio de tantas amarguras, y en estos momentos en que contrastan de modo admirable las tristezas que envuelven al país y que han empañado toda nuestra historia; la falta de pan y de abrigo de las clases verdaderamente necesitadas, y los ahogos de los contribuyentes para satisfacer la creciente exigencia de un fisco inmoderado y de un poder que todo es voracidad, el Gobierno y sus delegados se preocupan honradamente de los festejos reales, y la preosa devoto le presta atención preferente y casi exclusiva; asoma un rayo de luz por los intersticios de puertas y ventanas, y surge la claridad y la esperanza de las huestes republicanas, que consuela el ánimo y hace concebir días de ventura, y un porvenir próximo que establezca y consolide el progreso nacional y la redención de los que trabajan y producen.

La actividad á que se dedican esos elementos neutros haciendo copo y secundando sus miras interesadas, es imitada por las fuerzas verdaderamente liberales y democráticas del país, que se congregan, que se ponen en comunicación, que se disponen á una campaña activa y enérgica para realizar el hecho que reclama el país en masa.

No está dormida la opinión republicana; no ha disminuido el fervor ni el entusiasmo, ni ha mermado la hueste; por el contrario, el país entero, ya plenamente convencido de que ha fracasado todo y que la justicia se impone contra los que perdieron las colonias, y nos entregan en brazos del Vaticano, vuelve la vista á las instituciones democráticas como única tabla de salvación.

La federación republicana hace su camino. Los partidos organizados, con su dirección á la cabeza, parecen decididos á salirse de esa prudente reserva en que venían colocados desde que se constituyó la unión.

Por todas partes surgen grupos y asociaciones republicanas, dispuestas á secundar todo movimiento ó toda iniciativa que se encaminen á los fines únicos por los procedimientos adecuados para realizar las aspiraciones del país.

El llamado Gobierno, que ve todo esto; que observa la actividad de nuestros amigos que sienten que el terreno se mueve á sus pies, y que no tiene consistencia para sostenerle, trata de cegar al pueblo con las inoportunas fiestas, y apela á todos los medios de la fuerza, y utiliza todos los recursos de la ficción y del engaño.

Allí donde no pueda prohibir un mitin, visitará á los dueños de locales amplios para que no los cedan para celebrar reuniones republicanas. Cuando le estorbe algún agitador ó alguna persona de influencia, inventará una conjura cualquiera para encerrarle hasta que pasen las fiestas, y apelará á todos los medios extraordinarios para vivir tranquilo estos cuatro meses.

Pero nosotros, en cambio, debemos redoblar el esfuerzo y activar más y más nuestra campaña y nuestra propaganda y si se nos niegan los grandes mitines, celebraremos pequeñas parciales reuniones, al amparo de la ley de asociaciones, de modo que no lleguen á veinte el número de congregados en cada local, y de una manera pública, para evitar que con potente de tenebrosas anarquistas conjuraciones, salte hecho pedazos el precepto legal, y se nos comprenda en la ley de los anarquistas, que también este recurso la tiene preparado el Gobierno para condenarnos al silencio y al aislamiento.

Conviene que vivamos muy prevenidos, que seamos excesivamente prudentes en nuestra propaganda, que evitemos todo pretexto de que la fuerza intervenga, para que no inutilicen á las personas que pueden servirnos de mucho en determinados momentos.

Los alardes y los desplantes cuadran mal, sobre todo en los momentos actuales, en que ya sabemos demasiado lo que somos y á dónde vamos.

No demos armas á nuestros enemigos, y redoblemos nuestras esfuerzos como hombres convencidos y como ciudadanos dispuestos á redimir al pueblo y á librar á España de los que han tratado de deshonrarla y envilecerla.

A. A.

Murmuraciones

Según nos anuncian casi todos los colegas sevillanos debemos alegrarnos y dar gracias al Emperador porque, al cabo de veinte años de estudio, ya se ha firmado el expediente para que comiencen las obras de defensa contra las riadas de Guadalquivir.

—Es muy posible—aseguran—que el mismo día que éntre D. Alfonso trece en la mayor edad, y, por tanto, en el gobierno de los pueblos, comiencen las obras susodichas.

Esto es: se pondrá la primera piedra, ó se hará una gavia en cualquier barranco, y luego... se seguirá.

Me parecería á mí más prudente—obrando con cordura—no pagar por adelantado, con temporáneos bombos, esas gestiones que se le achacan hoy al señor Marqués de Paradas, ayer al señor Burbolla, y el día anterior á otro cualquiera señor senador ó diputado, porque es sabido que en estos asuntos ha sucedido y sucede, como en la muerte del Señor:

—¡Todos en él pusisteis vuestras manos!

Ya se ha logrado lo primero que había que lograr: que el proyecto se despachara y se consignara crédito suficiente para comenzar las obras.

Perfectamente. Si esto va con buenas intenciones, que yo lo dudo, todos los elogios al señor Marqués de Paradas, y á cuantos hayan puesto manos en ello, deberían parecerse pocos.

Pero como estamos acostumbrados á que estas cosas sean cohetes, que suben, dan el estampido y vuelven á caer, nos permitirán nuestros colegas sevillanos que nosotros no nos entusiasmemos hasta el punto de creer que Sevilla está ya salvada de la hecatombe que la amenaza el día que al Guadalquivir se le hinchen las narices más de la regular.

¿Cuántos años hace que se colocó la primera piedra, ó se hizo la primera ceremonia, para levantar una estatua al rey San Fernando en medio de la llamada Plaza Nueva?

¿Cuánto tiempo hace que se colocó la primera piedra, ó se hicieron las mismas ceremonias, para el levantamiento de los cuarteles fuera del recinto de la ciudad?

Y apesar de todo eso, y de los elogios que se les colgaron á los personajes que entretuvieron el tiempo en esas distracciones, ¿qué hay de monumento y qué hay de cuarteles?

Nada, absolutamente nada. Probablemente lo mismo que sucederá con las cacareadas obras de defensa contra las riadas del Guadalquivir.

Su excesiva importancia, los grandiosos gastos que son necesarios para llevarlas á cabo, serán la mayor rémora.

Sucederá con ellas como con los cruceros de nuestra marina de guerra: se coloca la quilla, y cuando la quilla está podrida, se coloca el casco; y cuando el casco se cae á pedazos, se pone la obra muerta... Y cuando el crucero se bota al mar, se disuelve en él como un terrón de azúcar.

Ehorabuena, pues, á todos, porque, por lo menos, el hecho da motivos sobrados para decir que el señor Marqués de Paradas sirve para más que para satisfacer los estómagos de sus amigos con almuerzos, comidas y cenas.

Sirve también para hacer que se firme un proyecto que lleva de tramitación veinte años, y que habrá costado, á la hora esta, una cuarta parte del total presupuestado para las obras que están á punto de comenzar.

Aunque se creía que España no contaba más que con dos reyes, esto es, D. Alfonso y don León XIII, ahora hemos venido en conocimiento de que tiene tres.

El Sr. D. Alejandro Pidal y Mon, rey por arreglo del Concordato, se ha proclamado, por sí solo y con el asentimiento de Rimbolla, rey tercero de España... y eso del Concordato se arreglará cuando y como á él le convenga.

Su majestad el de las barbas de apóstol y los catorce hijos nos dará la clave de lo que haya de hacerse en beneficio del alto y bajo clero.

Desde luego nos ha mandado á decir que ese asunto no corre prisa.

Conformes.

Hoy *El Liberal* anuncia, con terrible sentimiento, que en San Gil (en la parroquia) hay un arco que es muy viejo, y el cura y los albañiles, sin encomendarse al Verbo, le han metido la piqueta y lo están echando al suelo. —¡Profanación antiartística!—grita el colega muy serio.

Y el cura, que no se paga de gritos ni de lamentos, le dice á los albañiles: —¡Que quede muy grande el hueco, y que me dejen de músicas de artistas y de arquitectos!

Y dice *El País*, dirigiéndose á los señores gobernantes actuales, ó sea á Sagasta, Romanones y demás cojos de hecho y de derecho:

«Miserables liberales, menguados revolucionarios, indignos progresistas, indignos gobernantes! Os parecéis á aquel conde duque de Olivares, todo celo para guardar de sáti as y puyas la persona de la sacra católica majestad de Felipe IV, y todo descuido para conservar el reino. Perdió aquel valido Portugal, estuvo á punto de perder Andalucía y Cataluña, y no evitó que la historia censurara á aquel rey desdichado, y conservara las sátiras que contra él hicieron Quevedo y otros ingenios. Perdió Sagasta Cuba, Puerto Rico y Filipinas; perderá Cataluña si le dejamos gobernar mucho tiempo; pero tampoco logrará que la historia calle lo que se impide escribir en el *El País*»

¡Ay!... No se fíe el colega en lo que haya de decir la historia, por dos razones.

Es la primera: Porque, después de muerto, ¡échele usted á Sagasta maldiciones! Si estando vivo no lo ponen colorado, estando muerto, ¡que le echen moscas!

Es la segunda: Porque la historia es una alcahueta indecente y nunca falta un roto para un descosido... Y si D. Enrique *el de las Mercedes* tuvo un Ayala que falseó todos los hechos, é Isabel II un Zamora Caballero que la llame virtuosa y madre ejemplar, ¿por qué no ha de tener Sagasta un Pablo Cruz que le llame Bismark de Lapaviés?

¿Acaso Romanones no cuenta con su Franco Rodríguez para que le deje escrita su apolo-gía futura?...

Me parece que lo que voy á contar ha sucedido en la alcaldía de Sevilla.

Un conservador.—S.ñor alcalde: Cuando yo hice dimisión de la alcaldía, tenía colocados ocho temporeros exclusivamente míos; quiero decir, ahijados directos. Los otros que había eran ahijados extraños. Entró el Sr. Palomino, y, sin encomendarse á mí amo ni á mí, los dejó cesantes. Es preciso, pues, que sean colocados inmediatamente.

El alcalde.—No puede ser; el erario municipal está agobiadísimo, y si he de atender á usted y á los que, como usted, vienen, con el manto de la moralidad, á colocar parientes y ahijados, ¡adiós ensanche de la calle Patal, ¡adiós negocio de Calvi y D. Virtuoso, y adiós reformas de todas clases!

Conservador.—Le advierto que nuestra benevolencia tiene por precio esos ochos temporeros... Porque aquí hace falta la moralidad que yo me traía: colocar á los míos y dejar cesantes á los ajenos.

El alcalde.—Pues yo... ni los míos, ni los ajenos.

Conservador.—Usted ha dicho que va á imitarme, y si ha de imitarme bien, debe de comenzar por seguir mis consejos, ajustados á la más estricta moralidad.

El alcalde.—(Rompiendo la lista.) ¡Ni unos ni otros!... Todos iguales. (Murmurando.) ¡Estos moralizadores de tirilla bristol saben á su casa y á la ajena!

Aunque las comparaciones siempre son odiosas, algunas veces resultan.

Por ejemplo:

«Canovas tuvo á raya al militarismo; Sagasta adió á Martínez Campos y sufre la imposición de Weyler. Canovas evitó cuanto pudo la reacción clerical frañana; Sagasta la favoreció siempre y la sirve hoy como un jesuita de capa corta, como un hermano de cofradía, como un demandadero de monjas.»

Y sin interés ni provecho, que es lo que hay que lamentar.

Porque si él fuera creyente, vamos... se podría tolerar. La salvación de su alma, aunque ésta sea de castaño, bien merecería un sacrificio; pero... ¡si Sagasta no cree ni en Dios ni en el Diabolo!

Un agente de seguridad de Algeciras ha disparado dos tiros á un compañero, guardia de seguridad también.

Excuso decir á ustedes cómo anda la seguridad en Algeciras.

Lo más inseguro posible.

Al café de *Novedades* fué anoche un novillo bravo á aplaudir á los artistas que dentro estaban cantando Ejerció de policía,

mejor y con más recato, más seriamente y más digno que nuestros guardias urbanos, ¡porque ni pidió una copa, ni exigió siquiera un chato, ni se llevó hacia la cárcel á ningún obrero honrado!...

De un periódico madrileño:

«A cerca de quince millones se eleva la suma de los préstamos realizados en Madrid. Este dato basta para comprender cuán grande es la miseria en esta villa del hambre y corte de la muerte.»

Bueno; pero ahora con la coronación del nuevo rey saldréis de apuros.

El donará las cantidades necesarias... con permiso de mamá.

Aunque este permiso me parece algo difícilosillo.

CARRASQUILLA.

La novela en el púlpito

Tienen novedad y gracia los sermones de la novena del Señor de Pasión, de los que, como es sabido, está encargado un predicador flotante, venido de la Corte.

Es un cultiparlista que habla de cabeza y para hoy y para mañana; lo primero, porque inventa unas cosas que no deben estar en la Biblia; y lo segundo, porque emplea para el exordio un extracto fiambre de lo dicho el día anterior, escajeando la materia sin acortar el tiempo el muy picarillo; y también porque habla por demás de cosas inútiles y que no vienen al caso, como de parábolas y élipces astronómicas y del misterio de la Encarnación y Eucaristía.

¿Qué paridad tiene, señor mío, el natalicio ó concepción de Jesús con su Pasión, un acontecimiento fausto con un suceso cruento, aparte de las parábolas y élipces con que nos partió usted por el eje?

¿Qué se diría si en el teatro del Duque se anunciase *El duque de La Africana* y se representase *Sandías y melones*?

—Vamos—dije entre mí, oyéndole á usted predicar del misterio de la Encarnación ante la efigie del Señor de la Pasión—este pedagogo se habrá propuesto tal vez registrar la partida de nacimiento. Pero ¿por qué no se ha puesto más bien á registrar las actas de Pilatos, puesto que de la Pasión se trata? ¿Qué ocurre aquí?

Tras la Encarnación pasó al día siguiente á hablar de la Eucaristía, y dijo que Jesucristo estaba en ella *completo*, pero que no hablaba, que estaba mudo, y que esto consistía en que la voz, la palabra, como quien dice la lengua, estaba en el Vaticano.

¿Qué barbaridad! y ustedes perdonen. Pero la palabra de Jesucristo ¿no está en el Evangelio? ¿Qué me cuenta usted?

No obstante, como si fuera una consigna reaccionaria para arraigar la superstición y establecer el imperio del clericalismo, vertió esa idea y trató de inculcarla en el ánimo del auditorio, repitiéndola de varios modos; y concluyó llamando á la voz del Papa el verdadero eco de la palabra de Jesucristo, como si fuera un ventrilocuo que pone su voz fuera del lugar donde se encuentra, en el Vaticano, en la boca del Papa. ¿Qué tal?

En punto á cursilería estuvo también á gran altura, es decir, á gran profundidad.

Tuvo á bien manifestarnos, sin duda para que nadie dude de que lo que él dice es la verdad, y que todo el que tenga sentido común lo crea á piés juntillas, que la divinidad de Jesucristo no fué descubierta hasta el día de Pentecostés, porque si lo hubiera sido en vida del mismísimo el mundo entero hubiera ido á verle en Galilea y habría ocurrido una catástrofe, porque no era posible que cupiese tanta gente en un recinto de veinte leguas de perímetro.

¡Cómo ustedes lo oyen!

—Esto ya es tomarnos el pelo—dije á un prójimo que tenía al lado y que me miró entre riendo, y juntos abandonamos al pastor y al rebaño, compadeciendo á Jesucristo y haciendo unos lenguas de la admirable ciencia clerical y de su indudable necesidad para la regeneración de España.

—Esto consuela—dijo entre otras cosas el compañero—nunca ha habido más sermones ni más escuelas católicas, y la religión va cada día á menos; y esto consiste en que los que educan necesitan ser educados.

Y moralizados. Eso mismo.

Imbéciles ó malvados

De nuevo se han teñido con sangre de los esclavos las piedras de las calles de Barcelona, como ayer se tiñeron las de Coruña, las de Gijón, las de Sevilla; el rojo líquido que anima á los parias esofrenda grata al Moloch burgués. El monstruo se alimenta de sudor y de sangre de las multitudes inconscientes, faltas de un Espartaco que las organice para rechazar la fuerza con la fuerza; de un Tirteo que las entusiasme con los vibrantes acentos del himno de redención; de un Leónidas que las lleve al combate; de un genio sublime que las electrice y las impulse cual olas rugientes contra los escollos guardadores de una sociedad corrompida, sin más ideales que la explotación infuca, sin otros sentimientos que los egoístas de la bestia, sin otras miras que las de amontonar el producto del trabajo del prójimo, sin otra religión que la del dinero.

La plutocracia en auge, sacada de la nada por el esfuerzo popular, legisla en provecho propio, sustituyendo los antiguos privilegios de la aristocracia de la sangre por otros privilegios más irritantes cuanto más democráticas quieren figurar las bases sobre que se sostienen; el monopolio, padre del agio como ley suprema de la nación, ha corrompido por completo las conciencias; y la monarquía constitucional sostenida por los agiotistas, ha fracasado como poder moderador de pasiones bastardas, promovedoras del malestar general que se observa en toda la península.

Unas cuantas docenas de vividores sostienen el actual régimen político por medio de la farsa más grosera é innoble, llevando á las Cámaras legislativas mayorías de fantoches interesados á título de representantes del país, al que sumen en la miseria, agobiándole con contribuciones onerosas, con cargas aplastantes para sostener instituciones tan anacrónicas como inútiles, complacer á clases instruidas á costa de la savia nacional, y hacer su negocio á costa de la vida de los humildes que trabajan y no comen. Blancos y negros aspiran á nivelar los presupuestos, pero no hacen economías arriba, entre la gandulería dorada que parece traer al mundo el derecho de comer sin trabajar, como salida del muslo de Júpiter ó del sobaco de Venus, sino que estrujan al pueblo trabajador hasta extraer la esencia de la miseria. El terrateniente y el industrial aumentan el precio de los artículos de su producción; la competencia sin fraude no es posible, y la gran masa consumidora es envenenada y robada con premeditación y alevosía. Lucha de fieras entablase entre productores y consumidores, entre explotados y explotadores, entre chicos y grandes; y la insuficiencia del salario para atender á las primeras necesidades de la vida, hace apretar los puños y crujir los dientes, mientras en las gradas del gran circo los histriones de la política monárquica comen y ríen, mirando luchar al pueblo con el pueblo, á los ciudadanos armados con los desarmados, á los pobres con uniforme con los pobres sin él, á los hermanos con los hermanos, siéndoles gratas á sus oídos las imprecaciones de ira y los gritos que el dolor arranca.

Esto es asquerosamente cínico.

La sangre derramada cae sobre las cabezas de los que la han hecho derramar, porque no son los obreros los que se lanzan al motín ó á la asonada, sino la miseria la que los impulsa; y la miseria viene de arriba; la miseria es engendrada en donde se hacen leyes injustas, favorecedoras de unos pocos con perjuicio de diecisiete millones de criaturas que viven muriendo, que sufren hambre de pan y de justicia, porque los gobernantes son autores de los males ó beneficios que recaen sobre los pueblos.

Un filósofo, emperador de la China, decía hace algunos miles de años:—¿El pueblo tiene frío? Yo tengo la culpa. ¿Tiene hambre? Mía es la falta. ¿Comete algún crimen? Debo ser mirado como el autor.

Yao, que así se llamaba, tenía conciencia de los deberes que le imponía su cargo. ¿La tienen los políticos que han sumido á España en el abismo de la miseria y la deshonra? Si no tienen conciencia de que su deber es mirar por el bien de los más, aun con perjuicio de los menos, son imbéciles; y si la tienen, son malvados; en los dos casos, son ineptos para dirigir los destinos de un pueblo, como inepto es el régimen que tiene á la nación en perpétua alarma, en constan-

te desorden, en diaria protesta, y da lugar á que las piedras de las calles se tiñan con la sangre de los mártires del trabajo, á que el huracán de la metralla ahogue los gritos de los hambrientos, á que el hambre se cebe en las multitudes, á que el agio se ría como Momo sentado en su trono de talegas, contemplando las víctimas inmoladas por el orden, á que la desesperación impere en los hogares de los trabajadores.

I. RODRIGUEZ ABARRATEGUI.

De actualidad

Los descargadores huelguistas de Barcelona celebraron un mitin en el Salón Asiático, acordando volver al trabajo si se les concede 26 reales de jornal.

Una comisión expuso los acuerdos al gobernador.

Agravóse la huelga de metalurgistas.

A la reunión que convocó el gobernador faltaron obreros y patronos.

Reanudaron los trabajos los grabadores en cilindros.

Entre los carreteros hay agitación con amenaza de huelga y en breve se reunirán para acordarla.

Los huelguistas carboneros han intentado ejercer coacciones, pretendiendo volcar los carros que iban cargados.

La guardia civil que custodiaba los carros disparó sobre los huelguistas, que e la huida abandonaron varios garrutes y un revólver.

En el Ayuntamiento se han reunido representaciones de los patronos y obreros metalurgistas, no llegándose á un arreglo.

La comisión municipal declinará la misión que se le confió de solucionar la huelga.

A última hora los huelguistas han promovido varios incidentes en la calle Calabria.

Un grupo numeroso penetró en un taller, cometiendo varios excesos.

Al llegar el grupo á la calle Marqués del Duero fué disuelto por la guardia civil energicamente.

Se han reanudado las precauciones.

Durante la mañana en el muelle dió cargas la benemérita.

Por la tarde acudieron al trabajo menos obreros.

Hubo varios tumultos: los huelguistas intentaron volcar los carros de carbón.

La benemérita y la policía disolvieronlos.

Las cigarreras despedidas en Madrid realizaron una manifestación, disolviéndola la policía en el Viaducto.

Rehízose, logrando llegar á la plaza de Oriente.

Una comisión entregó á la Intendencia de Palacio una exposición pidiendo que se las admita: luego disolvieronse.

En San Petersburgo un incendio ha destruido un asilo de pobres, resultando doce muertos y seis heridos graves.

Terverga leerá en el Congreso, en las primeras sesiones, el proyecto de procedimiento contra diputados y senadores.

Propónese la supresión de los suplicatorios en los delitos comunes incoando el procedimiento el Supremo.

El Correo Español, de Orán, denuncia que se exige dinero á los pasajeros en Orán.

Algunos criminales han conseguido embarcar mediante 700 pesetas y regalos.

D. Emilio Cánovas, hermano del célebre estadista D. Antonio, ha presentado en el ministerio de Gracia y Justicia una solicitud, pidiendo que si se concede el ducado de Cánovas al sobrino de D.ª J. aquina Osma, heredero de ésta, se le conceda sin la denominación de Cánovas, por entender que dicho título, que fué creado para honrar la memoria del Sr. Cánovas, sólo deben llevarlo los herederos directos de éste, pues lo contrario sería llevar el título una persona extraña á la familia.

Como el heredero por parte de la duquesa es el duque de Arión, la solicitud de don Emilio Cánovas ha producido entre la aristocracia gran interés.

En una posada en Lugo un incendio ha destruido dos casas.

La posada quedó reducida á cenizas y de las segundas sólo se conservan las paredes.

Búscase entre los escombros los cadáveres. Los individuos de la Cruz Roja condujeron al Hospital dos cadáveres carbonizados que no pudieron identificarse.

Han desaparecido además una mujer y una niña de siete meses que se creen sepultadas en los escombros.

Las escenas desarrolladas en el lugar del siniestro son desgarradoras.

A la vista se presentan trozos de carne humana pertenecientes á las víctimas.

Algunos huéspedes de la posada alcanzaron un tejado intentando huir de las llamas que les envolvían, más antes de poderseles prestar auxilio, hubieron desplomarse la techumbre sobre que se hallaban, pereciendo todos abrasados.

Ignórase el número exacto de las víctimas de tan horrible catástrofe.

Los bomberos y las tropas continúan practicando heroicos trabajos para extinguir el incendio.

Continúan los trabajos de extinción del fuego.

Removidos los escombros, se han encontrado varios restos humanos carbonizados.

Se ha encontrado otro cadáver.

Con este son cuatro los muertos hasta ahora vistos.

Se han salvado, de los habitantes de la posada, tres hombres y cuatro mujeres; una de ellas había dado á luz recientemente.

Los cadáveres presentan horrible aspecto.

Se ha ordenado la prisión del dueño de la posada, que no avisó del peligro que corrían á los que en ella se albergaban, dedicándose á salvar sus efectos propios.

El entierro de las víctimas será una imponente manifestación de duelo.

El sueño de Paco Pin

¡Dios de Dios, y cómo se aburría Paco Pin! El mundo le parecía soso, la realidad insípida. La repetición rítmica de los fenómenos le causaba hastío. ¡Siempre el mismo cielo, las mismas estrellas, la misma luna! ¡Siempre las mismas estaciones, los mismos partidos sucediéndose unos á otros con monótona regularidad! ¡Por qué había de salir el sol todos los días? Era insoportable.

Una sola cosa interesaba á Paco Pin y despertaba su curiosidad. Por desgracia era una curiosidad imposible de satisfacer. Paco Pin quería saber lo que sería del mundo después que él se hubiera muerto.—Si yo hubiera fallecido antes de 1789, se decía, no habría tenido noticia de la revolución francesa; si á fines del siglo XVIII, no habría alcanzado al gran Napoleón; si hace unos años, no hubiese admirado los éxitos del gran Polavieja. ¿No es esto absurdo? Colabore usted en la historia en la medida de sus fuerzas; concurra usted á la obra del progreso, interese usted por todo, para que el día menos pensado una fiebre ó una pulmonía le obliguen á dejarlo todo bruscamente, sin saber siquiera en qué para. ¡Esto es horrible!—Y Paco Pin hubiese dado cualquier cosa por averiguar siquiera lo que será de España el año 2000.

Pensando en esto, su mirada errabunda fijóse por acaso en un anuncio impreso en gruesos caracteres en la cuarta plana de un periódico: «Insomnio, decía; el doctor Dulcamara, discípulo de los faquires de la India, produce el sueño á voluntad. Se puede dormir un día, una semana, un mes, un año, un siglo.» ¡Un siglo! Paco Pin se caló el sombrero y se fué en casa del doctor.

—¿El doctor Dulcamara?

—Servidor de usted.

—¿Es usted el discípulo de los faquires?

—El mismo.

—Me aburro, doctor.

—Buena.

—Padezco de insomnio.

—Eso se cura.

—Quiero dormir.

—Dormirá usted.

—¿Un siglo?

—Un siglo.

—Pero si duermo un siglo, ¿quién me despertará?

—Usted mismo abrirá los ojos al cumplirse los cien años.

—¿Cuándo puedo empezar á echar esa siestecita?

—Cuando usted guste.

—¿Cuánto me va usted á llevar, doctor?

—Toda su fortuna.

—Corriente—dijo Paco Pin, y dió al doctor cuarenta reales.

—¿Había Paco Pin dormido un siglo ó una hora? No podría decirlo. Al despertar sintió frío, dolores en todos sus miembros y quebrantamiento de huesos. Antes que se decidiera á abrir los ojos, oyó sonar en sus oídos voces extrañas, singulares, exóticas.

—¿Was hat dieser man? (¿Qué tiene este hombre?)

—He is drunk. (Está borracho.)

—E morto. (Está muerto.)

—Peut être qu'il est fou. (Acaso esté loco.)

Paco Pin miró en torno suyo. Cuatro hombres de raras cataduras le rodeaban.

—¿Qué gente es esta?—preguntó como hablando consigo mismo.

Sin duda aquellos hombres comprendían el castellano, porque todos se apresuraron á responder.

—Ich bin Deutsch. (Yo soy alemán.)

—I am english. (Yo soy inglés.)

—Yo somno un figlio della bella Italia. (Yo soy un hijo de la hermosa Italia.)

—Moi je suis francais, monsieur, duceur meme de la vicille France. ¡Viva l'Armée! (Yo soy francés, caballero; del centro mismo de la vieja Francia. ¡Viva el ejército!)

—¿Dónde estoy?—preguntó Paco Pin, ni más ni menos que una heroína de novela.

El francés, con su amable locuacidad, le sacó de dudas. Estaba sobre las ruinas de Madrid, destruido años antes por una cruzada de las provincias, llenas de indignación contra los vicios de la Babilonia española. Yacía cerca de un antiguo y abandonado cementerio. Unajauría de perros hambrientos le había arrastrado hasta allí y se aprestaba á devorarle cuando llegaron en su auxilio los extranjeros, que á la sazón le rodeaban. Entonces comprendió Paco Pin por qué se sentía tan asendereado y maltrecho.

—¿Y vosotros, quién sois?

—Este tío de las patillas es un hijo de la Albion pífida, que ha venido á España á explotar una mina. El de la barba roja es un prusiano que dirige la construcción de un camino de hierro. Este morenucho, italiano, comercia en baratijas. Yo he venido á emprender un gran negocio vitivinícola, una vasta plantación de vides, de que me propongo extraer un Borgoña sin rival.

—¿Es que no hay ya españoles en España?

Los circunstantes se miraron unos á otros con extrañeza. ¡Españoles en España! No, ya no había. Quedaban acaso algunos, refugiados en sitios abruptos; las alturas del Moncayo, las cimas del Pirineo, las crestas de la Alpujarra y las fragosidades del Maestrazgo. Otros pocos trabajaban á sueldo de las empresas extranjeras. Era la excepción. Casi todo el territorio de España estaba libre de españoles.

—¿Y qué ha sido de ellos?—preguntó con ansiedad Paco Pin.

—¡Mon Dieu! Unos han muerto, otros se fueron. Verá usted: un economista del siglo pasado, monsieur Blum, nos reveló que la riqueza del subsuelo español era tan enorme como absoluta la incapacidad de los habitantes para utilizarla. Según su expresión, los españoles se morirían de hambre tendidos sobre un tesoro. Vinimos. Al principio los capitales extranjeros se servían para la explotación del trabajo indígena. Luego dieron en desearle. Alegaban que, aunque barato, les salía caro. Las empresas de cada país procuraron traer á sus compatriotas, tanto más cuanto algunos de esos países estaban, como Italia y Alemania, pletóricos de población. Fué una invasión, una avalancha ante la cual hubo de ceder el pueblo autóctono. Los que no quisieron morir de hambre, tuvieron que emigrar, yendo á poblar las costas de Africa y las soledades de América.

—Y allí, ¿qué hacen?

Esta pregunta fué acogida por una general carcajada.

—Trabajan—dijo el francés sin poder reprimir su hilaridad—trabajan como negros, como fieras. Por la eficacia de su esfuerzo, Argelia, Túnez se han convertido en paraísos; Marruecos, sometido al triple protectorado franco-anglo-alemán, es, gracias á ellos, un vergel. En Buenos Aires, en Montevideo, en Chile, en el Perú, en toda la América latina su actividad sostiene la industria y el comercio y labra la prosperidad de aquellas Repúblicas. ¡Raza singular esta raza española, estéril en su propia casa, fecunda fuera maldición para los suyos, bendición para los extraños; planta ubérrima que no da fruto á su dueño y se lo prodiga al vecino!

Refan aquellos hombres, y Paco Pin no quiso escuchar más. Arrastrándose como pudo, fué á refugiarse entre unas ruinas. Allí, en el rincón más oscuro, se acostó y se volvió á dormir... para siempre.

ALFREDO CALDERON.

Noticias locales

Parece que ya es un hecho la aprobación del ansiado proyecto de las obras de defensa de Sevilla contra las avenidas del Guadalquivir.

En la conciencia de todos está la importancia que para Sevilla entraña la ejecución de las obras, no sólo por lo esencial, esto es, por la necesidad hace tanto tiempo sentida de defender la capital contra la amenaza constante de las avenidas de su río, sino también por lo que la realización del proyecto ha de favorecer á la clase obrera, dando trabajo á numerosos jornaleros.

Tanto se ha hablado de este asunto, y tantas veces se ha anunciado que empezarán las obras, que ya se tomaba á risa y chacota lo que nuestros representantes en Cortes decían que trabajaban para que se aprobase el proyecto en cuestión.

Ayer noche recibió el Alcalde el siguiente telegrama:

«Con inmensa alegría le participo que ha sido aprobado el proyecto de obras de defensa contra las avenidas del Guadalquivir.

El ministro se propone que los trabajos comiencen el día 23 del corriente, día del rey.

Le ruego lo participe al Ayuntamiento y á todos los diputados y senadores que con su ges-